

# MUCHOS ZAPATISMOS. A 100 AÑOS

María Victoria CRESPO  
Carlos BARRETO ZAMUDIO

El 10 de abril del año 2019 se cumplió un siglo del asesinato del General en Jefe del Ejército Libertador del Sur, Emiliano Zapata, un hombre joven surgido del seno del campo morelense, que en ese año recién alcanzaría los 40 años de edad, de los cuales los últimos 9 estuvo al servicio de una revolución popular. La emboscada militar que puso punto final a su vida fue consumada, después de ser concienzudamente planeada, en la hacienda de Chinameca, la última construida en el edén azucarero de la Tierra Caliente. Fue el inevitable colofón para la *obra de pacificación* del gobierno constitucionalista encabezada por el general neoleonés Pablo González.

Desde el año de 1916, pero sobre todo los años 1918-1919, tanto el Ejército Libertador del Sur como los pueblos del estado de Morelos vivieron un grave asedio militar que una línea del estudio actual del zapatismo fundada por Francisco Pineda ha caracterizado como una guerra de exterminio y un abierto genocidio. El *cabecilla* Zapata, perseguido por casi una década, finalmente fue abatido durante un caluroso 10 de abril de 1919. El cadáver del revolucionario fue trasladado hacia Cuautla e inyectado para retardar su descomposición antes de ser exhibido en el palacio municipal de la población para escarmiento popular y ser fotografiado por la prensa. Antes de ser presentado se le retiró la ropa ensangrentada y perforada para cambiárselo por un traje limpio color gris perla. El cadáver fue expuesto en la comisaría de Cuautla durante dos días antes de ser trasladado a hombros de hombres anónimos para

ser enterrado en una tumba corriente del panteón municipal de la misma población.<sup>1</sup>

La muerte del suriano significó en su momento el triunfo “de la civilización sobre la barbarie” que abanderó la intervención del gobierno carrancista en Morelos, concretado por Jesús Guajardo, quien ganó una recompensa de \$50,000, un ascenso a general brigadier y el elogio de la prensa nacional, aunque poco tiempo después fue fusilado.<sup>2</sup> Organizadas desde el propio gobierno, se dieron diversas celebraciones por la muerte del *cabecilla*. Aparecieron muestras de “seguridades a la población” por parte de la misión pacificadora y mensajes simbólicos como veladas literarias, días de campo y festejos para hacer notar que, después de la ejecución del *criminal* Zapata, la paz podría restablecerse en una zona atormentada por los avatares de una revolución. Un zapatismo exhausto cedió ante el acoso y fue derrotado militarmente. La dirigencia del Ejército Libertador, asumida por Gildardo Magaña, pronto se rindió ante el carrancismo, aunque el Plan de Agua Prieta permitió al movimiento suriano generar alianzas renovadas. Esto es otra historia.

Sin embargo, en sentido opuesto, prácticamente desde aquel distante abril de 1919 han corrido ríos de tinta en el estado de Morelos, el resto de México y el extranjero acerca del acontecimiento. Alrededor del Emiliano Zapata ejecutado concurrió la exaltación o el denuesto, la alimentación del mito, la reivindicación de su lucha o el análisis histórico más bien formal, académico y científicamente cimentado que ha puesto en discusión los muy distintos elementos que integraron un movimiento mucho más complejo y amplio de lo que se

<sup>1</sup> Cf. ROJANO GARCÍA, Edgar Damián, *Las cenizas del zapatismo*, Cuernavaca, UNICEDES-UAEM, 2007.

<sup>2</sup> BRUNK, Samuel, “La muerte de Emiliano Zapata y la institucionalización de la Revolución Mexicana (1919-1940)”, en Laura ESPEJEL LÓPEZ (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, p. 372.

aceptaba hasta hace algunas décadas. También es cierto que, en la órbita de los usos y los abusos de la palabra escrita, acerca de Emiliano Zapata se ha producido abundante material que ha contribuido a la construcción de una imagen *post-mortem*, con intenciones políticas multiformes, banalizando el contenido de la lucha campesina, dando como resultado muchas veces versiones desnaturalizadas y discrepantes entre sí.

Su asesinato transformó a Emiliano Zapata en un símbolo de alcances insospechados para el personaje en vida, pues a lo largo de su trayectoria en lucha estuvo permanentemente enfrentado con el denuesto. Varias investigaciones han dado cuenta de este proceso de metamorfosis. Si bien, durante su vida revolucionaria Zapata fue calificado, perseguido y finalmente ejecutado como un criminal por subsecuentes administraciones de Porfirio Díaz a Venustiano Carranza, la muerte le permitió adquirir dimensiones simbólicas y míticas que perviven hoy en día. Desde el luto de los pueblos del Sur que negaron la muerte del general, hasta los discursos políticos que le entregaron al hombre de Anenecuilco un papel de reformador negado en vida, la figura de Emiliano Zapata se convirtió en una metáfora para la disputa en el lenguaje político, académico y de resistencia social en el que participan numerosos agentes, muchos de ellos impensados. La figura de Emiliano Zapata, desde entonces, ha sido multiforme y trabajosamente ha sido adaptada a fines divergentes e incluso contradictorios con su lucha.

Aunque a un siglo de distancia, acerca de Emiliano Zapata y de la Revolución del Sur confluye una opinión generalizada que acepta uniformemente su enorme estatura histórica, aún pueden reconocerse corrientes de opinión discordantes, así como sectores que diversifican las posturas colocándose a las puertas de un debate abierto en el orden político, pero también ante la oportunidad de generar conocimiento nuevo acerca de las formas populares,

ancestrales y no formales de organización de las sociedades del centro sur mexicano. Se requiere volver a examinar cuantas veces sean necesarias al Zapata histórico y la naturaleza de la Revolución del Sur, tratando de acotar los efectos de la retórica exaltada, el nacionalismo simplista, así como los juicios y prejuicios que aún hoy abastecen al imaginario colectivo en el que se nutre mayormente a la imagen de Zapata. Afortunadamente el zapatismo sigue siendo un elemento vivo. Los trabajos acerca del movimiento revolucionario del Sur mexicano se continúan presentando hoy con un gran dinamismo y como un edificio intelectual de grandes dimensiones pero en construcción, en el que participan con entusiasmo desde los estudiosos formales, las instituciones e incluso las propias comunidades con un pasado y con un presente de lucha.

En la presente obra, que muy a propósito hemos llamado *Zapatismos*, se presentan aportes propios de la nueva historiografía que ha revisitado la esencia del zapatismo histórico, revolucionario y posrevolucionario, reflexionándolo. Se tocan distintos puntos de revisión y renovación historiográfica, especialmente con la diversificación de las fuentes, desde el punto de vista regional, y por medio de estudios específicos que utilizan nuevos enfoques.

Una de las principales influencias que pueden notarse en el conjunto de los trabajos provienen de la importante obra de Francisco Pineda Gómez, reunida principalmente en la tetralogía *La irrupción zapatista, 1911; La Revolución del Sur, 1912-1914; Ejército Libertador, 1915 y La guerra zapatista, 1916-1919*. Francisco Pineda, que murió recientemente, el 17 de septiembre de 2019, nos deja una obra seria, profunda, que ha abierto nuevas vertientes de investigación que permiten ampliar la visión de los estudios del zapatismo y del conjunto de esta *epopeya campesina*, como él llamó al movimiento suriano. Es la construcción de un debate serio, científicamente

cimentado que nos llevará a entender a los actores sociales de la región suriana, zapatista, desde los elementos que los dotan de universalidad.

Pero Zapata vive aún en el año de 2020. El dinamismo en la producción historiográfica, de crónica y periodística a propósito de la figura del general en jefe muestra una amplia diversidad de posiciones concurrentes en reconocer la talla histórica del personaje. Mencionaremos sólo algunos. La reedición reciente del trabajo de John Womack *Zapata y la Revolución Mexicana* (2017) ha creado entusiasmo, entre otras cosas por la idea que presenta en el nuevo prólogo acerca de la dimensión afro que habría que tomar en cuenta para entender a la insurrección zapatista. También están los esperados trabajos de connotados estudiosos del zapatismo como Francisco Pineda con *La guerra zapatista, 1916-1919* (2019) o Felipe Ávila con *Zapata. La lucha por la tierra, la justicia y libertad* (2019). Además han provocado un gran interés e incluso controversia los números conmemorativos de las revistas *Proceso* (“¡Viva Zapata! A 100 años de su ejecución”) y *Nexos* (“La invención de Zapata”), publicadas este año y donde se concentran distintos textos de autores significativos del tema. Destacan también trabajos que, a nivel local, en el estado de Morelos y sus colindancias, recogen la perspectiva de estudiosos con largo recorrido en la escena local del zapatismo, pero también de jóvenes investigadores como Baruc Martínez, Armando Josué López Benítez, Moroni Hernández de Olarte, Citlali Flores o Alexander Mejía, concentrados en el trabajo colectivo *La utopía del Estado. Genocidio y contrarrevolución en territorio suriano* (2018). Todo ello, sin que sea una relación exhaustiva, viene a nutrir la ya de por sí abundante historiografía del zapatismo.

En la presente obra, hemos buscado establecer un diálogo directo entre distintas generaciones estudiosas del zapatismo, a fin de permitir la diversificación de las voces, las metodologías y los temas y enfoques particulares con los que entenderemos a estos

zapatismos. Con estudiosos de largo aliento como Felipe Ávila, Horacio Crespo y Víctor Hugo Sánchez Reséndiz; generaciones intermedias como a la que pertenecen María Victoria Crespo, Rocío Suárez López, Carlos Barreto Zamudio, Irving Reynoso y Guillermo Alberto Xelhuantzi; generaciones nuevas en las que se ubican Armando Josué López Benítez, Baruc Martínez, Dante Aguilar y Moroni Spencer Hernández de Olarte, así como las muy nuevas generaciones que han encontrado en el zapatismo y sus distintas expresiones un espacio de interés y desarrollo a futuro: Citlali Flores, Ricardo Fuentes, Martha Isabel Gómez, Alba Luz Armijo Velasco y Alexander Mejía.

El presente volumen está estructurado en dos partes que articulan las diversas contribuciones. La primera parte, “Zapatismos”, parte del balance historiográfico a cien años del asesinato de Emiliano Zapata que nos presenta Felipe Ávila. Esta sección incluye nuevas aproximaciones a la lucha campesina desde la historia regional, presente en los trabajos de Carlos Barreto Zamudio, Baruc Martínez, Guillermo Alberto Xelhuantzi, Moroni Spencer Hernández, y Citlali Flores Pacheco. También se incluyen capítulos que nos proponen enfoques heterodoxos en los estudios del zapatismo, incluyendo la perspectiva de género, los estudios culturales y la dimensión simbólica del zapatismo. Estas lecturas novedosas del zapatismo están presentes en los capítulos de Armando Josué López, Baruc Martínez, Rocío Suárez López, Alexander Mejía y Víctor Hugo Sánchez Reséndiz.

La segunda parte está dedicada al campo de los estudios del legado posrevolucionario de del zapatismo, principalmente en la región del Sur y en el estado de Morelos. Esta parte arranca con artículos de largo alcance como los de María Victoria Crespo y Horacio Crespo sobre el legado del zapatismo en la institucionalización del estado y la reforma agraria en Morelos respectivamente. Se incorporan trabajos de Irving Reynoso y Dante Aguilar que incursionan en los

vínculos del zapatismo con otros movimientos políticos y sociales del siglo XX, como el comunismo y el almanismo. También incluye los estudios de las historiadoras Alba Luz Armijo y Martha Isabel Gómez sobre personajes posrevolucionarios con raíces zapatistas, tales como Elpidio Perdomo García, el último gobernador zapatista, y Paulina Ana María Zapata, hija de Zapata y primera mujer Diputada Federal Morelense por el Partido Revolucionario Institucional. Cierra esta parte la reciente investigación de Ricardo Yanuel Fuentes misma que a través de un estudio de casos sobre la Colonia Proletaria Rubén Jaramillo, muestra el legado zapatista en las luchas por la tierra en el Morelos de los años setenta, no sin dejar abierta una reflexión sobre su repercusión en las luchas y resistencias comunitarias y campesinas contemporáneas.

El presente volumen se inscribe en el contexto de la conmemoración de los cien años del asesinato de Emiliano Zapata. El disparador de este libro es el número dedicado al General Zapata de la Revista de Divulgación Científico Tecnológica del Estado de Morelos, *Hypatia*, publicado en agosto del 2019 y editada por María Victoria Crespo y Carlos Barreto Zamudio, misma que contó con las colaboraciones de varios de los autores que aquí presentan sus investigaciones en mayor profundidad. Las conmemoraciones, por otra parte, han sido copiosas. Desde actos locales en distintos municipios y comunidades hasta notables actos académicos, pasando por la creación de comisiones oficiales en el ámbito federal y estatal, foros artísticos, exposiciones, publicaciones en diferentes niveles, eventos musicales, actividades culturales e incontables expresiones de reconocimiento a la figura de Emiliano Zapata. En cierta medida, la profusión de dichas conmemoraciones también han permitido identificar con claridad distintas corrientes entre los grupos académicos, culturales y políticos, que se relacionan con la figura del líder campesino.

Pero Zapata vive aún hoy, con un vigor poco reconocible en otros personajes históricos. Nuevamente su recuerdo cabalgó ante la disputa del Zapata-símbolo, con una orientación no prevista por el gobierno federal y su relación con los movimientos sociales de defensa del medio ambiente en el estado de Morelos. El 12 de enero el presidente Andrés Manuel López Obrador asistió a Anenecuilco a hacer la declaratoria del 2019 como año de Emiliano Zapata. Con una intervención de carácter histórico, el presidente señalaba una ruta hacia un año de conmemoraciones y de justicia social que tendría su punto culminante el 10 de abril en Chinameca, es decir, alrededor de tres meses después de la declaratoria. Corría prisa institucional. En ese acto Jorge Zapata, representante de la familia del general Zapata y con quien el presidente se había presentado amistosamente durante una conferencia matutina de apenas horas atrás, inesperadamente le pidió comprometerse a frenar la termoeléctrica. La relación se resquebrajó instantáneamente.

Días después López Obrador regresó a Morelos para anunciar que sometería a consulta el tema de la termoeléctrica para el 23 y el 24 de febrero. Samir Flores, activista opositor, fue asesinado el 20 de febrero. La consulta se llevó a cabo pese a las peticiones de diferentes grupos de Morelos de cancelarla dado el ambiente político. Ganó el sí, en una consulta cuestionable. El presidente no llegó a Chinameca, sino que realizó un acto en la ciudad de Cuernavaca, capital del estado de Morelos. Al tiempo, en Chinameca, integrantes de agrupaciones como el Frente de Pueblos en Defensa del Agua y la Tierra y el Congreso Nacional Indígena también conmemoraron, de otra forma, el centenario luctuoso del general Zapata. Con agendas distintas, con discursos y proyectos divergentes en el centro se colocó una vez más la figura del general en jefe. En ambos espacios se volvió a escuchar: “¡Zapata vive, la lucha sigue!”



## BIBLIOGRAFÍA

BRUNK, Samuel, “La muerte de Emiliano Zapata y la institucionalización de la Revolución Mexicana (1919-1940)”, en Laura ESPEJEL LÓPEZ (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000.

ROJANO GARCÍA, Edgar Damián, *Las cenizas del zapatismo*, UNICEDS-UAEM, Cuernavaca, 2007.